

ENTREVISTA A SAN NUNO DE SANTA MARÍA, EL SANTO QUE ARRASÓ VILAFRANCA

TEXTO: JUAN JOSÉ SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Doctor en Historia del Arte

ILUSTRACIONES: SARA GARCÍA ARENAS

Graduada en Bellas Artes



*Arenas Sara.*

Retrato de San Nuno de Santa María.

Convento del Carmen, Lisboa, abril de 1427.

La espaciosa iglesia del convento del Carmen domina Lisboa, enclavada en el Chiado, sobre las tortuosas callejuelas que, en apretada maraña, entre los bajos tejados de las casas y los espigados campanarios de algunas iglesias, recorren la Baixa hasta la desembocadura del Tajo. Sobre el fondo centelleante del estuario, se balancean los desnudos mástiles de decenas de barcos. Algunos partirán hacia el norte de África, tierra que el rey luso se ha propuesto arrebatarse a los musulmanes. Otros partirán hacia las islas Madeira, cuya colonización, a cargo del infante Enrique el Navegante, acaba de iniciar Portugal.

El mundo está a punto de cambiar para siempre. Europa se recupera de la aguda crisis en que se sumió durante el siglo XIV. Recobra fuerzas. Pronto el viejo continente será demasiado estrecho para contener la fuerza creciente y la vigorosa energía de sus pueblos. Pronto, los barcos surcarán el Mar de las Tinieblas en busca de nuevos horizontes. El explorador curioso, el conquistador impío, el hacendado sin escrúpulos que hace fortuna gracias a la masiva explotación de esclavos, el pobre colono que ansía huir de la miseria que lo atenaza en su terruño y que sueña con ganar montañas de oro y gloria en las américas, el misionero fanático que cree contentar a su dios destruyendo culturas milenarias, sustituirán pronto al caballero diestro en las armas que arrostra peligros para servir a su rey, a su Dios, a su dama o a la memoria y honor de su linaje.

Uno de estos caballeros vive retirado en el convento que fundó en 1389. En el siglo se llamó Nuno Alvares Pereira, condestable de Portugal, vencedor de Aljubarrota, fiel amigo y leal servidor de Juan I de Avis. Tras ingresar en la orden carmelita cambió su nombre por el de Nuno de Santa María, San Nuno desde que lo canonizara Benedicto XVI el 26 de abril de 2009. Hombre de guerra y de oración, saqueador de aldeas, matador de hombres y, a la vez, santo, cuenta entre sus hechos el haber arrasado por dos veces Villafranca. Es sobre esto por lo que hemos venido a preguntarle.

Nuestros pasos resuenan en la vasta nave de la iglesia, fría, solitaria y silenciosa en esta temprana hora de la mañana. Bajo las altas bóvedas de la nave central, entre los aiosos arcos ojivales, en torno a los esbeltos pilares, se acumulan tenues sombras, apenas disipadas por las escasas ventanas que horadan los gruesos muros del austero templo carmelita. Temblamos de frío en este lugar de expiación, en este lugar de retiro en el que uno de los más audaces caudillos feudales prepara su encuentro con Dios.

¿Qué clase de hombre encontraremos? ¿Qué clase de hombre será el verdadero Nuno Alvares Pereira? ¿Acaso un fanático cuya inquebrantable fe en Dios y en su rey ha sofocado todo remordimiento, un orgulloso guerrero que solo desea rendir cuentas al Señor de las hazañas ejecutadas en su nombre y que, en recompensa, espera obtener un feudo en la Jerusalén Celestial? ¿O acaso un hombre mortificado por el recuerdo de tanto dolor y muerte, de tantas víctimas suplicantes sobre el fondo humoso y crepitante de aldeas incendiadas, y que solo espera de Dios el único perdón capaz de consolar su alma? ¿O acaso a un hombre

fatigado por el peso de los años, consumido por una vida emocionante, como solo le es posible a un hombre dotado de genio y fortuna, un hombre sin remordimientos, animado por una tibia fe en el grisáceo espectro de Dios, cuya verdadera esperanza ha depositado en la fama, en el recuerdo de su figura heroica proyectada a través de los siglos, en definitiva, un hombre del Renacimiento? ¿O acaso un hombre sumido en un resignado asombro, un hombre lúcido incapaz de reconocer una orientación, un sentido en la trama infinita de acontecimientos humanos, un hombre que, ante semejante absurdo, ya no justifica el dolor, ni siquiera el causado por su propia mano, que ha comprendido que sus remordimientos no tienen consuelo, que no hay justicia, y ni siquiera venganza, para la sangre derramada, un hombre hastiado del silencio que las víctimas reciben por toda respuesta de Dios, y al que ni siquiera compensa la fama, porque intuye que su recuerdo será tergiversado, que su vida real se transfigurará en figuras tan solemnes como falsas, enarboladas como banderas de cualquier demencia disfrazada de nacionalismo, religión... en definitiva, un hombre de nuestro tiempo?

En la penumbra, desde una puerta lateral, vemos avanzar una hosca silueta, encogida bajo el pardo hábito carmelita que, en la escasa luz del templo, adquiere una fosforescencia de sombra fantasmal. Camina con pasos torpes, rígidos, con los frágiles pasos de un anciano. Sin embargo, bajo la capucha del escapulario, fulguran unos ojos ávidos y despiertos que contradicen la debilidad de su figura. Al aproximarse, contemplamos su flaco rostro cuya boca descarnada oculta casi por completo una enmarañada barba gris, extendida hasta deshacerse en una desvaída mancha pálida sobre el oscuro tono de la túnica. Sobre su nariz afilada, unas cuencas grandes y profundas acogen su chispeante mirada. Nos observa con atención, sin sorpresa. Nos presentamos, le informamos sobre el motivo de nuestra visita. Se mesa la barba al responder, fijando su mirada en las umbrosas bóvedas del templo.

- Nuno (en adelante N): Hace ya mucho tiempo que sucedió aquello... no pretenderán que mi memoria sea tan precisa.

- Entrevistador (en adelante E): Vuestra merced recordará, sin duda, el glorioso día de Aljubarrota.

Vuelve hacia nosotros la mirada, la estrecha línea de su boca se tuerce en un gesto indefinible, ¿orgullo, cansancio, melancolía?

- N: Por supuesto, ¿cómo no...? Un gran día para Portugal aquel 14 de agosto de 1385.

- E: ¿Y para vuestra merced?

- N: Un hombre solo es un instrumento en manos de la Providencia Divina. Quiso Dios en aquella batalla conceder el trono de Portugal al rey Juan I de Avis.

- E: Apela vuestra merced a Dios, pero era la princesa Beatriz de Portugal, esposa de Juan I de Castilla, la legítima heredera de su padre el rey Fernando I.

Se encoge de hombros y vuelve a mesarse la barba, nos invita a caminar por la sombría nave central de la iglesia. Le acompañamos ajustando nuestros pasos a sus andares lentos y pesados.

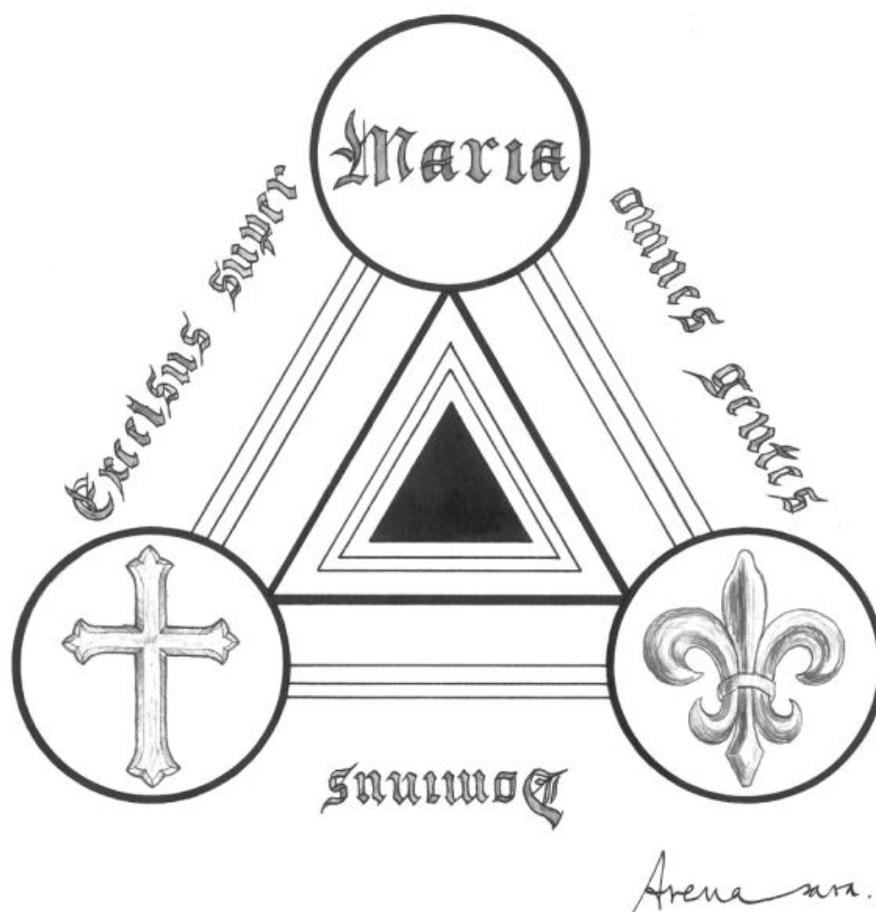
- N: ¿Qué es la ley de los hombres frente a la voluntad de Dios?

Guarda silencio, espera de nosotros una respuesta. Junta las manos al caminar, entrelazando sus dedos a la altura del pecho.

- E: La caballería castellana se precipitó insensatamente contra vuestros arqueros ingleses, que desorganizaron sus filas y la diezmaron, impidiendo que arrollase a vuestra infantería. Después, hostigados por los flancos portugueses, estrechados entre dos ríos, fatigados por la larga caminata y estorbados por su gran número, los castellanos murieron en masa, hasta que Juan I de Castilla hubo de ordenar la retirada. En la aplastante derrota castellana vuestra merced tuvo mucho que ver, preparando el terreno con trincheras para estorbar el ataque de la caballería castellana y dirigiendo a la vanguardia portuguesa.

- N: Habláis desde la perspectiva de los hombres, meros peones en manos de Dios. ¿Acaso no fue Él quien inspiró aquellos planes y guió a los soberbios castellanos hacia su perdición?

- E: Y de las matanzas de los prisioneros y de los fugitivos del campo de batalla, ¿también fue Dios su inspirador?



Alcanzamos una puerta que Nuno nos invita humildemente a abrir. Salimos a la mañana radiante que baña el austero claustro, por donde pasean, silenciosos, algunos monjes que, al cruzarse con nosotros, inclinan respetuosos sus cabezas ante Nuno. Solo los gorriones, gordos y alegres, revoloteando entre los tejados que rodean el patio, animan la luminosa mañana con sus gorjeos.

- N: ¿No hay acaso en la perfecta obra de Dios resquicios que aprovecha el Mal para actuar, no hay en el orden perfecto de la Creación, en su exacta sujeción a la voluntad divina, espacio para la libre voluntad humana? No puede achacarse a Dios lo que solo es obra de los hombres.

- E: Al matar a los prisioneros hechos tras el descalabro de la caballería, cuando Juan I de Avis ordenó al grueso de sus tropas acometer a los castellanos, los portugueses actuaban según la cruel lógica que impone la guerra, no según su libre albedrío. Dejar a tantos prisioneros en retaguardia hubiera supuesto un considerable peligro para la vanguardia lusa. ¿Es eso responsabilidad de Dios o de los hombres?

- N: Pretendéis razonar como hombre lo que solo es comprensible a Dios. Confiar en Dios es ver la luz donde solo reina la oscuridad, el todo donde no hay nada, conservar la fe donde solo hay motivos para la duda.

Al hablar así fijaba su mirada en un objetivo impreciso. De nuevo mesaba su luenga barba. En la clara luz de la mañana, su seco rostro, arrugado y pálido, surcado por pequeñas venas moradas, revelaba, más que sus sesenta y siete años, la extenuante tensión en que mantenía su alma. Sus ojos perdían fuerza a la luz del día, su brillo se atenuaba y, en ocasiones, solo parecía la mirada nublada de un anciano.

- E: Y, después de Aljubarrota... ¿Qué decir del saqueo a que vuestra merced sometió a las tierras extremeñas?

- N: Era necesario debilitar al enemigo, devastar su fuente de suministros, postrarle hasta el extremo de que no se atreviera de nuevo a hollar la tierra portuguesa.

- E: Pero ¿qué decir de los excesos cometidos?

- N: La venganza humana es terrible. Nuestros hombres solo devolvieron a los castellanos el mismo sufrimiento que ellos infligieron al pueblo portugués cuando invadieron el reino para apoderarse del trono.

- E: ¿Recuerda algo de una pequeña población llamada Villafranca, cerca de Fuente del Maestre?

Guardó silencio un instante, como si buscara en el fondo de su saturada memoria alguna imagen, algún hecho, mientras fruncía la frente y parpadeaba, como si le desagradaran los recuerdos entre los que rebuscaba.

- N: Recuerdo una población al pie de una sierra, no muy alta ni escarpada, cercada por una muralla de mampostería, la única muralla de ese tipo entre Badajoz y Jerez de los Caballeros ... estaba detrás de Feria y Villalba, había que cruzar un río...

- E: Así es, esa es Fuente del Maestre, la sierra es la de San Jorge, el río es el Guadájira.

- N: La villa estaba llena de refugiados procedentes de las aldeas vecinas. Debían haber llevado consigo sus escasas riquezas... no teníamos pertrechos suficientes para asediarla. Nos acercamos a bastante distancia como para que un arquero pudiera alcanzarnos con sus flechas... desde las almenas nos observaban cientos de hombres aterrados, rudas cabezas de campesinos en cuyos ojos, a pesar de la distancia, asomaba el miedo a la muerte, a verse despojados de su mísero sostén o al sufrimiento al que nuestros hombres someterían a sus mujeres y niños... Nos arrojaban piedras, como si eso fuera suficiente para ahuyentar a hombres envilecidos por la avaricia y la sed de sangre... Los gritos de los soldados que trataban de poner orden en las murallas rasgaban el denso silencio que reinaba en la población. Imagino a los ancianos, mujeres y niños apretujados en las casas, postrados ante los altares, rogando a Dios por que nos alejase de allí, a nosotros, portadores de muerte, miseria y dolor... Un guía nos dijo que la villa podía contar con suficiente agua como para resistir un largo asedio. Desistimos. El maestre de Alcántara, Martín Yáñez de la Barbuda, un traidor portugués al que Juan I recompensó con generosidad, nos hostigaba con sus tropas, escondidas en las sierras boscosas próximas a Feria...

- E: ¿Recuerda algo de las poblaciones que rodeaban a la Fuente?

- N: Nuestros hombres recorrieron las tierras que rodeaban a la población en busca de rancho y botín. Sus habitantes, avisados a tiempo, las habían abandonado. Nuestros hombres saquearon las casas y les prendieron fuego. En aquella inmensa llanura, entre las copas de las encinas y alcornoques que la cubrían, se alzaron gruesas columnas de humo, ondeando sobre el cielo pálido de finales del verano como banderas de muerte...

- E: ¿Y sobre Villafranca, puede vuestra merced decirme algo?

Caminábamos por las galerías del claustro, bajo toscos techos de madera. Nuno volvió a guardar silencio, bajando la cabeza hasta rozar su pecho con la barbilla.

- N: Alrededor de La Fuente solo había pequeñas aldeas... creo recordar que, avanzando hacia el este, en una hondonada por la que discurría un arroyo, había una pequeña población a la que llamaban así... Sí, apenas constaba de algunas casas dispuestas en torno a una pequeña plaza... Estaba junto al camino que comunica Sevilla y Mérida y que, en aquella zona, discurre en paralelo al arroyo. Desde la plaza bajaban hasta el camino de Mérida algunas callejuelas estrechas y retorcidas... a un lado, creo recordar que hacia el sur, a cierta distancia de las casas, aislada en mitad de las cercas que delimitaban diferentes parcelas del ejido, estaba la parroquia de...



- E: De Nuestra Señora del Valle.

- N: Sí, así es... era un edificio modesto, no muy alto, sin campanario, con una espadaña en el tejado, sobre la puerta occidental, cuya campana una ligera brisa estremecía, haciéndola tintinear en mitad de aquella desolación... Frente a uno de los costados de la iglesia había una casa, una casa modesta, algo más sólida y amplia que las otras casas del pueblo, pero no muy diferente a ellas, una casa impropia de un comendador, aunque nuestro guía nos dijo que era la Casa de la Encomienda. También había huido el comendador. Debía haberse unido a la hueste que el maestro de Santiago, Pedro Muñiz de Godoy, estaba reuniendo para hacernos frente y a la que vencimos a principios de octubre de 1385 en Valverde de Mérida... Entre la parroquia y la Casa de la Encomienda estaba el cementerio, un espacio ovalado, con algunas losas hincadas a la cabecera de pequeños montículos de tierra alargados, las fosas... También los muertos habían sido abandonados...

- E: ¿Qué sucedió?

Nuno sacudió la mano en señal de rechazo, al tiempo que su estrecha boca, entre la enmarañada barba, se torcía en un gesto despectivo.

- N: Lo que siempre pasaba. Los soldados entraban en las casas, las registraban en busca de algo valioso, cualquier cosa que pudieran arrebatarse a esos pobres desgraciados... también la iglesia y la casa del comendador fueron violentadas, pero apenas había nada de valor en ellas... los fugitivos se habían llevado consigo lo más valioso.

- E. Y después, el incendio.

- N: Era necesario causar el mayor daño posible, así lo exigen las leyes de la guerra. Destruyendo sus aldeas nos asegurábamos de que no pudieran reclutar hombres ni adquirir alimentos cerca de nuestra frontera.

- E: Aún fue peor en 1398.

Asintió lentamente, reflexionando, después nos señaló una puerta cerrada, situada al fondo de la galería del claustro por la que caminábamos.

- N: Hay algo que quizás os interese ver... Sí, así fue, aquella incursión fue aún más devastadora, habíamos ocupado Badajoz en 1396...

- E: Excusará vuestra merced que matice sus palabras, Badajoz fue tomada a traición, sin que mediara provocación alguna por parte de los castellanos.

- N: Enrique III de Castilla no había pagado las mil doblas que adeudaba a nuestro rey, cuando no se cumplen los pactos, es legítimo actuar del modo en que lo hicimos. Habíamos planeado tomar Badajoz y Alburquerque como rehenes para forzar al rey castellano a pagar su deuda.

- E: Pero de nuevo fue el pueblo el que cargó con las consecuencias. Las incursiones de saqueo estaban injustificadas.

- N: En lugar de pagar, los castellanos decidieron pelear.

- E: Era una reacción legítima ante semejante ofensa.

- N: No lo pongo en duda, pero eso significaba de nuevo la guerra, con todas sus consecuencias...

- E: ¿Por qué cree vuestra merced que en 1398 los vecinos de Villafranca no abandonaron la población antes de vuestra llegada?

Nos detuvimos ante la puerta, que Nuno entreabrió antes de contestar.

- N: Quizás pensaron que nuestra incursión no llegaría hasta la villa. Los defensores del castillo de Villalba de los Barros habían resistido nuestro ataque, e incluso llegaron a matar a varios de nuestros forrajeadores. El maestre de Santiago, Lorenzo Suárez de Figueroa, había ordenado a los campesinos de sus dominios quemar las cosechas para dejarnos sin

suministros, mientras él, instalado en el castillo de Feria, esperaba a que el hambre nos obligase a volver a la frontera. Para evitar que nos desplazásemos en busca de víveres, nos retó a una batalla con el solo propósito de mantenernos a la espera en aquellos campos arrasados. No tenía intención de luchar, sabía que, de perder, todo aquel territorio sería entregado al pillaje. Esperamos un tiempo, suponiendo que tan noble caballero cumpliría su promesa. No lo hizo. Intentamos asaltar el castillo, pero estábamos mal pertrechados para una acción así. Nos pusimos de nuevo en marcha.

Terminó de abrir la puerta y, con esa orgullosa modestia que caracterizaba a sus gestos, en los que se manifestaban con toda claridad la extraña mezcla de monje y guerrero que definía su personalidad, nos invitó a pasar delante de él. Accedimos a una estancia estrecha y algo lóbrega, una especie de habitación de paso que, a través de distintas puertas, comunicaba con otras dependencias. De nuevo echó a caminar delante de nosotros, hasta una puerta situada al fondo de la pieza, en la pared derecha.

- E: Por favor, ruego a vuestra merced que prosiga con el relato de los hechos acaecidos en 1398.

Tras franquear la puerta, su figura comenzó a hundirse en el suelo, al tiempo que su voz adquiría un tono grave, cavernoso. Había comenzado a descender por unas estrechas escaleras de caracol.

- N: Sígueme, esto les ayudará a entender algunas cosas.

La angosta caja de las escaleras, una especie de húmedo tubo de piedra que se hundía en las tinieblas, resultaba inquietante. Una estrecha aspillera dejaba penetrar un pálido rayo de luz más abajo de donde nos encontrábamos. Comenzamos a descender casi a oscuras, rozándonos contra los ásperos sillares de la pared. La curiosidad nos impulsaba a seguir, pero no queríamos padecer un accidente en pleno siglo XV.

Tras el penoso descenso, llegamos a una especie de pasillo largo y estrecho, apenas iluminado por las estrechas aspilleras que horadaban el grueso muro. La torva silueta de nuestro guía se perdía hacia el fondo, entre los numerosos arcones que se apilaban junto a las paredes y entre los que debíamos avanzar bajo la persistente amenaza de un inminente derrumbe. Aquel pasillo, sin lugar a dudas un almacén poco frecuentado, hedía densamente a humedad.

- N: Aquella vez caímos sobre la población de improviso. Dejamos al maestre en el castillo de Feria y, cruzando el Guadájira, nos dirigimos otra vez hacia la Fuente. Esta vez, los vecinos de las poblaciones cercanas no tuvieron tiempo de refugiarse dentro de sus murallas... hicimos numerosos prisioneros, pobres campesinos aterrados a los que ataban los brazos y a los que mis hombres, ufanos, arrastraban tras de sí, como si hubiera alguna gloria en ello...

Su voz llenaba el estrecho pasillo, cansada, amargamente irónica. Su inesperada agilidad para descender por aquellas incómodas escaleras le había dado una ventaja de varios metros sobre nosotros. Su pálida sombra apenas era visible al fondo, donde parecía haberse

detenido. Escuchamos un leve tintineo seguido del seco crujido de una cerradura al accionarse.

- E: Disculpe vuestra merced pero, usted era su jefe y el responsable de sus actos, era su deber proteger la integridad de sus prisioneros.

Desde el interior de una nueva estancia, más oscura aún que la que acabábamos de recorrer, donde habíamos vuelto a perderle de vista, continuaba hablando. Al entrar en ella nos costó distinguir su figura en mitad de la misma. Apenas una estrecha ranura en el muro del fondo permitía la entrada de un poco de luz. Era una sala rectangular, no muy ancha, cubierta por una pesada bóveda de cañón, vacía si no fuera por la curiosa colección de rocas informes que permanecían apoyadas contra sus muros.

- N: Desconozco cómo será la guerra allá en el siglo del que procedéis... o mejor dicho, desconozco la retórica con que disimularéis sus abominables actos y con qué tipo de nobles ideales se justificarán sus atrocidades... pero sé que la guerra siempre será la misma. También nosotros tenemos grandes causas con que justificar asesinatos, pillajes y violaciones... el servicio al rey, la defensa del reino, la lucha de la cristiandad contra los infieles... también tenemos bellas palabras con las que disfrazar la sangre y el dolor que causamos al empuñar la espada... el honor, la gloria, la virtud... los escritores de novelas de caballería han creado el modelo de comportamiento en que nos recreamos al pensar en la guerra y en el que creemos reconocer la belleza de nuestros actos... pero en la realidad, en nuestra época, como en la vuestra, la guerra siempre será lo mismo, el mismo sufrimiento, el mismo dolor, la misma sangre, la misma crueldad... ¿Cómo pretendéis que yo refrenara a aquellos hombres, campesinos miserables o soldados de fortuna cuyo único porvenir cifraban en la obtención de un rico botín? ¿Creéis que ellos luchaban por honor, como nos gusta decir de nosotros, los nobles? No, hubiera hecho falta todo el poder de Dios para doblegar a aquellos infames.

- E: ¿Es por eso que vuestra merced fundó este convento y que se entregó a Dios?

- N: Dios tuvo a bien auxiliar a este siervo miserable en el momento en que más dudaba de Él.

- E: ¿Dudabais de su existencia?

Extendió su brazo derecho hacia una de las paredes, cortando bruscamente todo diálogo, señalando una serie de extrañas rocas cortadas regularmente, de las que manaba una intrigante fosforescencia en aquella escasa luz.

- N: Acercaos, miradlas con atención.

- E: ¿Es mármol?

Nuno asintió. Las caras visibles de aquellas rocas estaban surcadas por tenues sombras, lo que indicaba la existencia de suaves relieves en esas superficies aparentemente lisas. Nos inclinamos hacia ellas. A medida que nuestros ojos se iban acostumbrando a la escasa luz, comenzamos a distinguir con nitidez segmentos de orlas decorativas compuestas a base tallos

y hojas, enmarcando lo que parecían paisajes o motivos vegetales de los que apenas se habían conservado algunos fragmentos, entre unos arbustos pudimos distinguir con claridad un jabalí a la carrera, una posible escena de caza de la que habían desaparecido los cazadores. La calidad de los relieves nos sobrecogió.

- E: ¿Qué son?

- N: ¿Habéis perdido en vuestro siglo toda memoria de la antigüedad?

- E: No, por supuesto... lo que quería preguntarle a vuestra merced es si son estos los restos antiguos que, según las crónicas que relatan su vida, fueron desenterrados por sus hombres en los alrededores de Fuente del Maestre y conducidos hasta Portugal como botín. Las crónicas alaban la calidad de las piezas, cuyo realismo era capaz de competir con la propia naturaleza. Sin duda que no exageraban.

- N: Así es... no tuvimos que excavar mucho ni buscar demasiado. Por aquellas tierras abundan los restos de la antigüedad, los nobles muros de antiguos palacios asoman entre las zarzas y sirven de refugio a toda clase de bestias. Aquellas tierras debieron ser prósperas en tiempos de los césares romanos.

Las estuvimos observando con detenimiento. Eran obra de excelente factura, procedentes de las ricas y prósperas villas que poblaban nuestro territorio y de las que apenas conservamos, oficialmente, algunos pequeños restos. Hubiéramos querido llevárnoslas con nosotros al siglo XXI, donde sin duda hubieran disfrutado de un lugar de honor en la sala del Museo dedicada al mundo romano. Pero nada podíamos hacer.

- E: ¿Por qué están aquí?

- N: Forman parte del tesoro del convento.

- E: ¿No son expuestas para que puedan disfrutar de ellas el pueblo?

- N: Tenéis ideas extravagantes. Al pueblo solo le deben ser expuestas las obras cuya belleza le acerque a Dios, no las que produzcan placer por sí mismas.

- E: ¿Qué utilidad tienen aquí, en este almacén?

- N: Aquí contribuyen a glorificar a Dios, formando parte de la riqueza que esta humilde casa consagra a su servicio.

Dejamos de observarlas, volviéndonos hacia él, cuyos hundidos ojos radiaban en la penumbra un destello febril.

- E: Por sus palabras de antes, cuando hablaba de que aquellas tierras debieron ser prósperas en tiempos de los césares romanos, deduzco que fue muy diferente la impresión que le causaron cuando las... "visitó" con sus hombres.

- N: No son solo aquellas tierras. La desolación es tan grande en esta época y por todas partes, que da la impresión de que el mundo se agota... como si Dios se dispusiera pronto a aniquilar su Creación, tal y como nos lo tiene anunciado. Sin embargo, cuando os veo, provenientes de siglos futuros, comprendo que las pestes que diezman nuestras poblaciones, la esterilidad de nuestros campos y las guerras en que, condenando nuestras almas, derrochamos riquezas y gentes, son solo la expiación de nuestros muchos pecados... –guardó silencio un instante, mesándose la barba- Decidme, ¿será mejor el mundo en vuestra época?

- No nos está permitido contar nada sobre el futuro... aunque debo reconocer a vuestra merced que no sé exactamente qué contestarle a su pregunta. Tratamos de convencernos de que nuestra época es mejor que ninguna otra, que hemos hecho progresar el mundo hasta el punto de hacernos creer a nosotros mismos que todas las épocas que nos precedieron son bárbaras e inhumanas... sin embargo, cuando uno comienza a juzgar por sí mismo el mundo que le rodea, no puede menos que dudar. Es cierto que, al menos en los viejos reinos de Europa y en otras tierras que pronto serán colonizadas, contamos con toda clase de artefactos capaces de hacernos la vida más cómoda, artefactos que os parecerían fruto de la más diabólica de las magias. También hemos adornado nuestra vida de bellas palabras, palabras que nos repetimos continuamente sin lograr creer del todo en ellas, palabras como justicia, igualdad, dignidad humana... palabras que arrojamos a vuestra cara, hombres del pasado, con la pretensión de creernos mejores que vosotros. Sin embargo, lo cierto es que el mundo sigue dominado por la injusticia y la crueldad, que el poderoso vive a costa de abusar del débil, que la guerra sigue siendo el único lenguaje verdaderamente universal entre los hombres... Por otro lado, la miseria en nuestro mundo convive con la más abyecta abundancia, porque seríamos capaces, como nunca lo ha sido el hombre, de vencer al hambre y a la necesidad, y hasta de hacer esperar a la muerte mucho más de lo que acostumbra en vuestra época, y, sin embargo, no lo hacemos, porque la miseria y la muerte de muchos sigue siendo el gran negocio de unos pocos. En cuanto a las pestes, las hemos expulsado hasta lugares remotos, donde puede cebarse tranquilamente sobre pueblos olvidados, a cuyos sufrimientos permanecemos sordos hasta que sus espectros se dejan ver entre nosotros.

- N: Raro mundo el vuestro... y Dios, qué habéis hecho de Dios en ese mundo.

- E: Lo hemos matado.

Pensé que aquellas palabras indignarían a Nuno, por lo que me arrepentí antes incluso de acabar de pronunciarlas. Sin embargo, para mí sorpresa, estalló en una sonora carcajada que resonó estridente bajo la umbrosa bóveda de aquella estancia.

- N: Sí que sois presuntuosos... os enorgullecéis de pecados que no habéis cometido... eso ya se hizo hace mucho tiempo.

- E: En verdad vuestra merced consigue desconcertarnos.

- N: ¿Pensáis que si hubiera esperado encontrar a Dios entre los hombres me hubiera recluso aquí? No, entre los hombres no se puede encontrar a Dios, entre ellos solo puede encontrarse

necedad y maldad, una mínima pizca de bondad y un miserable puñado de vagas ideas que les ayudan a explicarse las pocas dudas serias que alguna vez se plantean. Para buscar a Dios es preciso estar abrasado por la duda, dudar de todo lo que es Él, de toda su creación, de todas sus obras, lo que requiere de mucha soledad.

- E: ¿Y si, tal vez, no existe?

Nuno se alzó de hombros violentamente, torciendo su mustio rostro de anciano en una mueca dolorosa que expresaba la gran pasión de toda una vida. Más allá de ese silencio solo habría palabras vanas, decidimos dar por finalizada la entrevista.